

# E. MIRET MAGDA LENA

Tres discursos por lo menos ha pronunciado Pablo VI sobre la paz. El lema que ha propuesto para la Jornada Mundial de la Paz, celebrada el 1 de enero de este nuevo año, es el siguiente: "La paz es posible".

A estos documentos del Papa se añaden otros muchos que provienen de aquellos dirigentes o responsables, dentro de la Iglesia católica, que se preocupan de este problema humano. El famoso obispo brasileño Dom Helder Cámara ha pronunciado recientemente dos conferencias en Italia: una en Turín y otra en Milán, participando, además, en Florencia en las manifestaciones a favor del Tercer Mundo, que terminaron con una marcha de 50.000 jóvenes que se reunieron en el Stadium Municipal para celebrar una Misa, concelebrada por numerosos sacerdotes. El tema fundamental de estas actuaciones del famoso obispo de la no-violencia ha sido la paz y la opresión, contraria a la misma, que ejerce el mundo desarrollado y su capitalismo a ultranza. Su lema ha sido: "Imperios y superimperios controlan la Tierra".

El Papa —por un lado— ha mantenido la tesis de que la buena voluntad de los que procuran la paz, sea cual sea su ideología religiosa o anti-religiosa, es ya cristiana en su esencia. Además, en su mensaje preparatorio para el Día Mundial de la Paz, ha tenido frases duras para los que hablando de paz engañan al mundo actual con sus "falsificaciones". Se opone a que se llame paz a una "tregua", o a un "armisticio", o a un "orden externo fundado sobre la violencia y el miedo", o a "un equilibrio transitorio de fuerzas opuestas". A todo ello le llama "falsificación" de la paz, que muchos "oportunistas" creen que es necesaria, porque es la única paz posible para ellos.

Todo deriva —dice el Papa— de "una nueva antropología —muy vieja— que está resucitando: que el hombre está hecho para combatir al hombre, y que la guerra es inevitable... y que es una exigencia primaria de la política, y además una ley de la economía internacional". Es la falsa antropología de muchos seudocientíficos.

El "leit-motiv" de estos países, o grupos humanos, es "primero, la espada; después, el arado". Y "parece como si esta conjunción prevaleciese sobre todas las demás, incluso para algunos pueblos en vía de desarrollo, que se van encajando fatigosamente en la civilización moderna, y que se imponen sacrificios enormes sobre el presupuesto indispensable para las necesidades de la vida, escurriendo los alimentos, la medicina, la instrucción, las comunicaciones, la vivienda y

hasta la verdadera independencia económica y política, con tal de estar armados, de infundir temor e imponerse a los propios vecinos".

Ante todo ello apela el Papa al "mensaje de la Humanidad universal"; al anhelo de los corazones y cerebros que están hartos de negatividad, violencia y falseamiento. Somos todos los hombres sencillos que vamos por la calle y pensamos "que la paz es posible que debe ser posible", los que nos rebelamos —a nuestro nivel— contra este engaño de los poderosos.

Este deseo, cada vez más acuciente en muchos, parece que es producto de una tendencia creciente que surge en el interior de

## LA PAZ, ¿ES POSIBLE?

los hombres, cada vez en mayor cantidad, porque deseamos llegar a una paz sincera y a una convivencia auténtica.

Pero creemos que todo ello debe concretarse a todos los niveles del mundo actual: no sólo en Vietnam, o el Oriente Medio, o Irlanda del Norte, sino en todos los grupos humanos, en todos los países y en todas las regiones del mundo. Las asociaciones religiosas y profanas, las familias, las naciones y las relaciones internacionales, tienen que estar abiertas —ese es el deseo de tantos hombres— a la paz.

Aunque, desgraciadamente, los grupos religiosos, en la Historia, no han sido los que más han ayudado a esta paz. Ahora están cambiando a pasos agigantados, pero muchas veces es más con la palabra que con los hechos. Los enfrentamientos entre avanzados y retrógrados, entre partidarios de una paz a la fuerza y escépticos de la paz, revelan su poca convicción de base. La paz, la verdadera paz, está por eso viniendo más bien de muchos hombres que no son específicamente religiosos, o que si lo son, no pretenden ser dirigentes ni representar a ningún grupo religioso. Ellos son los que, unas veces con la "objección de conciencia", otras con sus pacíficas campañas de no-violencia, están

creando una nueva conciencia en la Humanidad que se encuentra por encima de las barreras religiosas y de los falseamientos humanos.

Y yo creo —cada vez con mayor convicción— que lo más eficaz es este camino. Un estudio serio e imparcial del problema de la violencia en el ser humano y una difusión inteligente y razonada de los hallazgos científicos de la antropología actual, harán más por la paz que las predicaciones verbales, por bien intencionadas que sean, de nuestros dirigentes religiosos.

Estamos asistiendo a una experiencia dolorosa para los que somos creyentes: que la conciencia religiosa, y la conciencia moral subsiguiente, han sido menos eficaces para la paz real del mundo que lo pueden ser, y lo empiezan a ser, estos descubrimientos de la sociología y de la antropología actuales, que desmienten la idea de una estructura necesariamente violenta y agresiva del ser humano.

Un antropólogo mexicano, el doctor Santiago Genovés, ha acometido una empresa digna de los mayores elogios, y es dejarse de palabras moralizantes, para intentar ir a la raíz del problema, descubriendo a la gente estos hallazgos que se están iniciando en el campo de la ciencia humana, y que podrán ser base y ayuda para conseguir la posibilidad de la paz en el futuro.

Sin duda, documentos como los del Papa, conferencias como la de Dom Helder Cámara; y escritos como el de la Comisión Nacional "Justicia y Paz", publicado con motivo del Día de la Paz, son importantes y a veces imprescindibles. Pero su eficacia será muy débil si todo queda a nivel de la propaganda verbal, y no de una convicción arraigada en la biología y en la psicología humanas.

Es importante que se nos prediquen con crudeza, que a muchos incomodará, los dieciocho puntos que considera la Comisión Nacional "Justicia y Paz" que deben modificarse en la sociedad española para ir camino de una paz más auténtica y más perfecta. Y también lo es el análisis, desgraciadamente más somero, pero no menos importante, que hace, en cuatro puntos, de la reforma que la Iglesia española debe emprender para ayudar a la paz. Pero todos debemos dar un paso más adelante, porque estos pasos moralizantes convenientes —aunque para algunos resultan discutibles— no pueden tener la fuerza del lenguaje sereno de la ciencia del hombre, que está al margen de cualquier inclinación religiosa o política.